

ni perturbar la inmovilidad de su rostro, gesto que había aprendido en la escena, la viveza con que abarcaba de un golpe toda la sala del teatro, como si buscara á alguien, convertían sus ojos en los más terribles, dulces y extraordinarios que puedan existir en el mundo. El colorete había destruído los diáfanos matices de sus mejillas de delicadas carnes, y si no le era dable ya palidecer ó sonrojarse, tenía en cambio una nariz diminuta, de sonrosadas ventanas, llenas de pasión, cual si hubieran sido hechas expreso para expresar la burlesca ironía de las criadas de Moliere. Su boca sensual y dispada, tan propia para el sarcasmo como para el amor, estaba embellecida por la arista de dos finísimos surcos que unían sus labios con el arranque de la nariz; su blanca barba, algo pronunciada, indicaba cierta violencia amorosa. Sus manos y brazos eran dignos de una reina. Pero, en cambio, tenía el pie grueso y corto, signo indeleble de la humildad de su cuna. No existe ni ha existido patrimonio en el mundo que haya merecido mayores cuidados que aquel pie; para cambiarlo de forma, Florina lo había probado todo, excepto la amputación; pero obstinada como buena hija de Bretaña, de cuya tierra procedía, resistió á todos los tratamientos, hasta que Florina acabó por adoptar borceguíes largos y acolchados para darle cierta curvatura. Era, por lo demás, de estatura regular, con tendencia á la obesidad, pero bien constituida y bien conformada. En cuanto á lo moral, poseía á fondo los querellosos melindres, triquiñuelas y artimañas de su profesión, imprimiéndoles un sabor particular, haciéndose la niña mimada y deslizando entre ingenuas carcajadas una que otra malicia filosófica. Cándida y aturdida en apariencia, era sumamente ducha en descuentos y demás puntos de jurisprudencia mercantil, lo cual no es de extrañar, pues ¡eran tantas las miserias que había experimentado hasta el día de su dudoso triunfo! ¡tantas fueron sus aventuras para bajar de piso en piso hasta el primero, donde á la sazón hallábase instalada! Conocía al dedillo la vida de la infeliz que empieza en el queso de Brie hasta la de que chupa desdeñosamente los pasteles de ananas; desde la que lleva por sí misma la cocina y se enjabona en un rincón de buhardilla, con un hornillo de tierra por todo hogar, hasta la que reúne en su casa á la nobleza, á los banqueros barrigudos y á los desenfadados gorriones. Nada ignoraba de cuanto las mujeres honradas ignoran, hablaba en todos los tonos, pertenecía al pueblo por su nacimiento, y á la nobleza por su distinción y su hermosura.

Difícilmente la hubieran sorprendido, pues, por sistema, pensaba siempre lo peor, como un espía, un juez ó un experto hombre de Estado, con lo cual tenía la seguridad de adivinarlo todo. Conocía la táctica que conviene emplear con los revendedores, estaba enterada de sus astucias, y daba cuenta del precio de las cosas como el mejor inspector de los inspectores de mercados. Al verla arrellanada en un holgado sillón, fresca y blanca como una recién casada, estudiando su papel, la habríais tomado por una niña de diez y seis años, cándida, débil é inocente. Pero en tales momentos era menester que se le presentase un acreedor importuno para que la viérais levantarse como un pavo real sorprendido, y echar un voto fiero, un verdadero voto.

—Vaya, querido, que sus insolencias de usted son ya un interés muy crecido del dinero que le adeudo; estoy cansada de verle; mándeme usted cuando quiera los aguaciles, que los prefiero mil veces á su cara de tonto.

Florina daba á menudo comidas, conciertos y veladas en su casa, durante los cuales se jugaba de firme. Sus compañeras eran todas hermosas: nunca asistió á su casa una mujer de edad; no por eso conocía los celos, pues á fuerza de oirse proclamar superior á todas, se tenía por tal. Había conocido á Coralía y á la Torpille, se trataba con la Julia, la Eufrasia, las Aquilinas, la señora de Val-Noble, Marieta y todas esas mujeres que pasan por París como meteoros por la atmósfera, sin que se sepa adonde van ni de donde vienen, hoy reinas y mañana esclavas; se trataba, en fin, con las actrices, sus rivales; con las cantantes y con todos los miembros de esa sociedad femenina tan excepcional y tan encantadora por su descuidado abandono, en cuya vida bohemia envuelven á los que se dejan arrastrar por el descabellado torbellino de sus atractivos, locuacidad y desprecio del porvenir. Aun cuando la casa de Florina era el centro de ese desorden, desenvuelto entre las risas incesantes de los artistas, la reina del hogar sabía cuantos dedos tenía en la mano, y para contar daba cien y raya á todos los concurrentes. Allí tenían lugar las secretas saturnales del arte y de la literatura, mezcladas con la política y la banca; el antojo se erigía allí en soberano, y el spleen y el capricho eran en aquel hogar tan sagrados como en una casa decente el honor y la virtud. Aquella casa era el punto de reunión de los Blondet, Finot, Esteban Lousteau, el amante de Florina número siete, que estaba creído de ser el primero,



el folletinista Feliciano Vernou, Couture, Bixiou, Rastignac antes de subir al poder, el crítico Claudio Vignón, el banquero Nucingen, el capitalista de Tillet, Conti el compositor y toda aquella endiablada cohorte de feroces calculistas de todas suertes, á más de los adoradores de las cantantes, actrices y bailarinas relacionadas con Florina; y aquella abigarrada concurrencia se amaba ó se aborrecía, según las circunstancias. Esta casa singular, donde nadie era recibido sin haberse dado á conocer previamente en una ú otra forma, era para el espíritu una cárcel y un presidio para la inteligencia; nadie entraba allí sin haber realizado su fortuna especial, llevado diez años, á lo menos, de miseria, degollado un par de pasiones y adquirido celebridad de cualquier modo, cuando no publicando un buen libro, llevando un buen chaleco; cuando no dando un drama á la escena, vistiendo según el figurín. Allí se tramaban los golpes de mal género y los medios de hacer rápida fortuna; allí se hacía burla de los motines fracasados que la víspera se concertaran; allí, en fin, se tomaba el pulso á la bolsa, determinándose el alza ó la baja. Cada concurrente que al salir de allí volvía á adornarse con la librea de sus opiniones, en el seno de la reunión podía, sin comprometerse ni arriesgarse, criticar acerbamente á su propio partido y encomiar el tacto y acierto de sus adversarios, formular ideas y conceptos que nadie se atrevía á confesar en público, y decir todo cuanto le pasara por las mientes, como gente que era á la vez capaz de todo. París es quizás la única ciudad del mundo que tiene casas de éstas, que bien podríamos llamar eclécticas, donde caben y son recibidos con aparente decencia todos los gustos, vicios y opiniones. La vida de Florina no es por esto ociosa ni envidiable, aunque son muchos los que, seducidos por este liviano pedestal que el teatro levanta á una mujer, se la imaginan viviendo entre los goces de un perpetuo carnaval. En la vivienda de más de un portero y bajo las tejas de muchas buhardillas, al volver de un espectáculo, hay vivientes criaturas que se duermen soñando en perlas y diamantes, en trajes recamados de oro, suntuosos cinturones y radiantes tocados; criaturas que imaginan verse un día aplaudidas, solicitadas, compradas y arrebatadas; pero las infelices no traslucen si quiera la penosa realidad de una vida comparable sólo á la de los caballos de alquiler, y que transcurre en ensayos (cuya incomparecencia se paga con una multa), lectura de obras y estudio perenne de nuevos papeles en unos tiempos en que,

por término medio, se estrenan anualmente en París doscientas ó trescientas obras. Es de ver á Florina, las noches que trabaja, cambiando de traje dos ó tres veces y entrando á menudo en su cuarto, rendida y medio muerta, con la obligación de quitarse el colorete ó de empolvarse á toda prisa, si sigue á la representada una obra del género de las del siglo XVIII. Sin tiempo para comer, pues en este caso no lo tienen las actrices, no le queda después humor para cenar, y al retirarse á su casa, al día siguiente (que al día siguiente concluyen las funciones en nuestros tiempos), aun le queda por hacer su tocado nocturno y dar las órdenes concernientes al servicio. Se acuesta á las dos de la madrugada y se levanta temprano, pues tiene que repasar sus papeles, acomodar sus trajes, explicarlos al sastre y probarlos; después de esta tarea, que no es corta, almuerza, lee algunas cartas perfumadas y les contesta; recibe en seguida á los empresarios de aplausos, les indica los pasajes de la obra en que debe sobresalir, salda la cuenta de sus triunfos correspondientes al mes pasado y contrata los del mes siguiente. De fijo que en los buenos tiempos de san Genesto, comediante canonizado que cumplía sus deberes religiosos y llevaba cilicio, no exigía el teatro esta devoradora y feroz actividad. Si Florina quiere un día ir buenamente á coger flores al campo, tiene que fingirse enferma. Y ese cúmulo de ocupaciones, puramente mecánicas, son un grano de anís al lado de las intrigas que se ve en el caso de tramar á cada dos por tres, de los pesares que su vanidad hollada le infunde por las preferencias de ciertos autores, los papeles repartidos ó por repartir, las exigencias de una empresa, la malignidad de una rival, la tiranía del director de escena ó la enemiga de los periodistas, para todo lo cual se necesita un nuevo día dentro del día que transcurre. Y cuenta con que no hemos mencionado aun todo cuanto se relaciona directamente con el arte, la expresión de las pasiones, los diversos detalles de la mímica y las infinitas exigencias de la escena, en la cual mil gemelos acechan un defecto, fijo en el pensamiento el recuerdo de Talma, Lekain, Barón, Contat, Clairón y Champmeslé. Entre bastidores el amor propio no reconoce sexo; triunfa un artista, hombre ó mujer, y se capta la animadvertión de mujeres y hombres. Tocante á la fortuna de Florina, por ventajosas que sean sus contrataciones, apenas bastan á cubrir los gastos de su equipaje teatral, que exige enorme cantidad de pares de guantes y de calzado muy costoso, y que, no por eso,



excluye el uso de trajes caseros y de paseo. La vida de la actriz se divide en tres partes, de las cuales la primera se consume mendigando, la segunda sosteniéndose, y defendiéndose la última; como se ve, pues, no puede ser más trabajosa. Si acarrea algunos momentos de ardiente dicha, parece arrebatada al trabajo y es por cierto muy rara, por harto tiempo ansiada y como hallada casualmente en medio de detestables placeres ó de las sonrisas del público. El apoyo de Raúl era para Florina una especie de cetro protector que la ahorra muchos enojos y cuidados; hallaba en él algo más que un marido, le habría sacrificado gustosa todo cuanto poseía. Raúl era como un poderoso talismán que halagaba su vanidad de artista, tranquilizaba su amor propio y aseguraba su porvenir en el teatro. Y como sabía muy bien que no hay gran actriz posible sin la intervención de un gran autor y que Champmeslé lo debió todo á Racine, como Mars á Monvel y á Andrieux, de aquí que, deseando conservar la protección de Raúl, hubiese querido serle útil en algo y hasta necesaria. Contaba, no obstante, con el poderoso atractivo de la costumbre, y estaba dispuesta siempre á secundar sus proyectos abriendo sus salones y desplegando el lujo de la mesa para sus amigos. En una palabra: aspiraba á ser para él lo que la señora de Pompadour para Luis XV. La posición de Florina era la envidia de las actrices; la de Raúl lo era de los periodistas. Y ahora, dadas estas explicaciones, aquellos de nuestros lectores que conozcan hasta donde puede rodar un hombre por la pendiente de las contraposiciones y de los contrastes, comprenderán que á los diez años de esta vida bohemia y accidentada, sembrada de altos y bajos, de fiestas y miserias, de sobriedad y orgía, Raúl se sintiera arrastrado hacia un amor puro y casto, hacia la dulce y armoniosa morada de la gran señora, lo propio que la condesa Félix deseaba introducir los tormentos de la pasión en su tranquila existencia, monótona por exceso de ventura. Esta ley de la vida es el secreto de las bellas artes, que dejarían de ser si no existieran los contrastes; una obra que desdeñara este recurso y fuera grata, equivaldría á la última expresión del genio, como el claustro es el esfuerzo más grandioso del cristianismo.

Al entrar Raúl en su vivienda, de vuelta del baile, encontróse con una carta de Florina, que le trajo una de sus criadas; pero, muerto de sueño como estaba, ni siquiera se tomó la molestia de abrirla, acostándose mecido por las frescas delicias

de un suave amor que echaba de menos en su existencia. Algunas horas después se despertó y vió que aquella carta contenía noticias de suma importancia, que ni Rastignac, ni de Marsay habían dejado trasparentar todavía; una indiscreción hizo á la actriz poseedora de un secreto sumamente interesante: la disolución de la Cámara para después de la primera sesión. Raúl corrió á casa de Florina, y mandó recado á Blondet citándole para el gabinete de la actriz, en el cual pocos momentos después, entramos con los pies en el morillo de la chimenea, analizaban detenidamente el porvenir político de Francia en 1834. ¿A qué lado se inclinaban las mejores probabilidades de fortuna? Pasaron revista sucesivamente á los republicanos puros, republicanos con presidencia, republicanos sin república, constitucionales sin dinastía, constitucionales dinásticos, ministeriales conservadores y ministeriales absolutistas; la derecha partidaria de concesiones, la derecha aristocrática y la derecha legitimista, la enriquecida y la derecha carlista; y, ante todo, no vacilaron en decidirse, entre los partidarios de la resistencia y los del movimiento, pues tanto les hubiera valido discutir la vida ó la muerte.

Por aquellos tiempos un verdadero enjambre de periódicos de distintos matices revelaban la terrible descomposición política llamada lodo (*gâchis*) por un soldado. Blondet, el espíritu más juicioso de la época, razonable para los demás y nunca para él, imagen de esos abogados que al defender asuntos propios decaen, estaba sublime en el seno de aquellas discusiones privadas, y lo primero que aconsejó á Nathán fué que, sobre todo, se guardara de apostatar de un modo demasiado brusco.

—Recuerda—decía—que Napoleón afirmó que no se hacen jóvenes repúblicas de caducas monarquías; así, pues, cuando llegue el caso, procura convertirte en eje y creador del centro izquierdo en la futura Cámara, y harás carrera; que una vez hayas pasado por el gobierno, podrás tener por lícitas y aceptables todas las opiniones á medida que vayan triunfando.

Nathán decidió, ante todo, crear un diario político, ponerse al frente del mismo, bajo la base de uno de esos periodiquillos que tanto abundaban á la sazón, estableciendo á un tiempo ramificaciones con una revista importante. El periodismo había sido la base de tantas fortunas, que desoyó el parecer de Blondet, quien, á la verdad, desconfiaba de un medio tan



gastado. Raúl, audaz con la colaboración que se prometía de sus pretendidos amigos y con su propio valer, levantóse radiante de orgullo y exclamó:

—¡El éxito es seguro!

—Pero ¡si no tienes un cuarto!

—Escribiré un drama.

—Lo silbarán.

—Tienes razón ¡lo silbarán!—dijo Raúl.

Y recorrió á grandes pasos, seguido de Blondet, el gabinete de Florina, fijando su mirada, ávida por el deseo, en las riquezas en él acumuladas. Blondet, que en un principio lo había tomado por loco, lo adivinó todo y dijo:

—Los cien mil francos y pico que necesitas están aquí.

—Sí—exclamó Raúl suspirando y parándose delante del lecho de Florina;—están aquí, pero preferiría mil veces pasar toda la vida vendiendo cadenillas en la acera del bulevar y comer patatas por todo alimento, que tocar un alfiler de esta casa.

—Tocar un alfiler, no—dijo Blondet con sangre fría;—pero cargar con todo, sí; esto es lo que se necesita, pues la ambición en esto se parece á la muerte.

—No y mil veces no; de la condesa de ayer lo aceptaría todo; pero ¿dejar á Florina sin su lindo cascarón?... ¡Es imposible!

—Sí—interrumpió Emilio con aire trágico-burlesco, —por que derribar este palacio encantado, estrellar los balancines, romper las chimeneas, es grave, gravísimo, sumamente grave...

—Por lo que acabo de oír—dijo Florina asomando de improviso, —vas á dejar el teatro por la política.

—Sí, hija mía, sí—contestó Raúl con bondadoso acento y besándola en la frente.—¿Estás enfadada? ¿Crees por ventura que perderás en el cambio? Sosiégate y calcula que un ministro es más poderoso que un pobre periodista, para proteger á la reina de las tablas.

—Y ¿de dónde saldrán las misas?—preguntó Florina.

—De casa de mi *tío*—respondió Raúl.

Florina conocía el *tío* de Raúl. Con este nombre designaba la usura, como en el lenguaje popular *mi tía* significa el préstamo sobre prendas.

—Tranquilízate, querida mía—le dijo Blondet acariciándola;—yo miraré de proporcionarle el concurso de Massol, abogado que aspira á ministro de Justicia, del banquero de Tillet,

que quiere ser diputado, de Finot que no ha salido aún de su periodiquillo y de Plantín que se pirra por una dirección general y que todavía está sudando la gota gorda en la redacción de su revista. Haré todo cuanto de mí dependa; llamaremos á una reunión, que podremos celebrar aquí mismo, á Esteban Lousteau, que podrá encargarse del folletín, á Claudio Vignón, para que se cuide de los artículos de crítica artística literaria, á Feliciano Vernou, que será en el periódico la señora de la casa; el abogado trabajará también, de Tillet se ocupará de Bolsa y de Industria, y veremos hasta donde llega este concierto de voluntades y de esclavos.

—Al hospital ó al ministerio—dijo Raúl;—al refugio de los arruinados del cuerpo ó del espíritu.

—¿Cuándo los llamáis?—preguntó Florina.

—Aquí, dentro de cinco días—contestó Raúl.

—Ya me dirás la cantidad que os hace falta—dijo sencillamente Florina.

—Ni el abogado, ni de Tillet, ni Raúl, pueden embarcarse sin contar con cien mil francos—dijo Blondet.—Esta suma basta para año y medio, tiempo suficiente para que un periódico se salve ó se estrelle en París.

Florina hizo un gesto de aprobación y los dos amigos salieron en coche en busca de colaboradores, plumas, ideas y fondos. La hermosa actriz mandó á llamar á tres ó cuatro ricos negociantes en muebles, curiosidades, cuadros y joyas, los cuales, al entrar en aquel precioso santuario, inventariaron todos los objetos que contenía, cual si Florina hubiese muerto. Ésta les amenazó con hacer con todo pública almoneda, caso de que no los tasaran á conciencia. Había flechado, según decía, á un lord inglés, y quería recibirlo con suma modestia, para obligarle á que le regalase un magnífico palacio, que pensaba amueblar de modo que rivalizara con el de Rothschild. Pero, por más que hizo, sólo ofrecieron setenta mil francos por todo el ajuar, que valía lo menos ciento cincuenta mil. Florina, que no lo hubiera comprado por dos ochavos, se comprometió á entregarlo dentro de ocho días por ochenta mil francos.

—Tómenlo ó déjenlo, ni un cuarto menos—dijo.

Y cerraron el trato en esta forma. Cuando los negociantes se hubieron retirado, la actriz bailó de alegría, como cuentan que hicieron las colinas de David.

—No me creía á fe tan rica—exclamaba loqueando.

Al volver Raúl, le recibió poniendo mala cara (¡lo que es el



instinto femenino) y diciéndole que después de haberlo reflexionado mucho se creía engañada y pospuesta á una rival, pues los hombres no cambian de partido sin más ni más, ni saltan, sin un motivo muy poderoso, desde el teatro á la Cámara. Después de mil protestas por parte de Nathán, Florina le hizo jurar amor eterno. Pasados cinco días dispuso un banquete, lo más espléndido que puede darse; en él se bautizó al periódico en medio de atronadoras aclamaciones y entre repetidas libaciones, bromazos, chistes y juramentos de fidelidad y buen compañerismo; el título del periódico, que yace en la tumba de las cosas olvidadas, era algo así como *El Liberal, El Comunal, El Departamental, El Guardia Nacional, El Federal, El Imparcial*, ó una cosa así acabada en *al*, que por fuerza debía parar *mal*. Describir aquella orgía, después de haberse prodigado tanto por aquellos tiempos semejantes descripciones, escritas las más en un chiribitil, que estaba muy lejos de haber sido nunca teatro de las mismas, sería inútil empresa. Nos bastará evidenciar tan sólo un incidente. A eso de las tres de la madrugada, pudo Florina acostarse como si no hubiera tenido á nadie en casa, y no obstante nadie había salido todavía; las lumbreras de la época yacían durmiendo el sueño brutal de la borrachera, y cuando, á una hora muy avanzada de la mañana, se presentaron en la casa los embaladores, comisionistas y conductores para llevarse todo el lujo de la célebre armarío, ésta no pudo reprimir la risa al ver que, sin ningún miramiento, aquéllos arrancaban del sitio en que se habían arrellanado á todas esas notabilidades, y cual si fueran toscos muebles los dejaban tendidos sobre el suelo. Así pasaron al bazar de los negociantes los bellos recuerdos de Florina, donde los transeuntes pudieron en adelante contemplarlos sin explicarse el cómo ni el por qué del paradero de aquellas flores del lujo en tales sitios. Por haberlo así convenido con los compradores, quedóse Florina hasta la noche con lo más indispensable; la cama, la mesa y el servicio; á fin de que sus huéspedes no tuvieran que retirarse en ayunas; y éstos, después de haberse dormido bajo los elegantes cortinajes de la riqueza, despertaron llenos de asombro, rodeados de las paredes frías y desmanteladas de la miseria, llenas de huellas de clavos arrancados.

—Florina ¡pobre muchacha! ¡la han embargado!—exclamó Bixiou, uno de los comensales.—¡Ea, chicos! mano al bolsillo; se abre una suscripción á su favor.

La reunión se puso en pie como movida por un resorte, y,

vaciadas todas las faltriqueras, reuniéronse unos treinta y siete francos que Raúl se encargó de ir á prestar con amarga sonrisa á la risueña cortesana. Ésta, al verle, retiró coquetamente la cabeza de la almohada y ofreció á los ojos de Nathán un espeso legajo de billetes de Banco. Éste, sin saber qué hacer ni qué decir, llamó á Blondet.

—Ya lo comprendo—dijo éste,—lo ha vendido todo para abrimos el camino. ¡Bravo, bravísimo! ¡Es usted un ángel!

Algunos de aquellos atolondrados la arrancaron de la cama, y en su traje de noche la pasearon triunfalmente por el comedor; decimos algunos, porque los banqueros y el abogado se habían marchado ya. Por la noche, en el teatro, obtuvo Florina una ovación ruidosísima; los rumores de su noble sacrificio habían circulado rápidamente por la sala y corredores.

—Yo preferiría que me aplaudieran por mi talento—le dijo otra actriz, su rival, en la sala de actores.

—Es muy natural que lo prefiera una artista que se ve aplaudida sólo por sus favores—contestó Florina sin desconcertarse.

Por la noche, la criada de Florina sentó, por cuenta de su ama, sus reales en el pasaje Sandrié, en el cuarto de Raúl. El periodista debía instalarse, por su parte, en la casa donde se establecieron las oficinas del periódico.

¡Tal era la rival de la cándida señora de Vandenesse! La fantasía de Raúl unía, como por medio de un anillo, á la comedianta con la condesa; terrible nudo que en tiempo de Luis XV supo cortar una duquesa, envenenando á la Lecouvreur, venganza terrible que no obstante se concibe fijándose en la inmensidad del agravio.

Florina no fué embarazosa á Raúl en las primicias de la pasión de éste, pues previó que su amado, en la atrevida empresa á que se arrojaba, se encontraría á menudo en graves apuros metálicos. Solicitó un retiro de seis meses, y Raúl se lo obtuvo con tan buena maña, que la actriz concibió por él un nuevo motivo de agradecimiento. Con el buen sentido del campesino de la célebre fábula de La Fontaine que se procura de qué comer, mientras los señores andan disputando, la actriz salió á tomar los aires para provincias y al extranjero, deseosa de no ser embarazosa á aquella celebridad mientras emprendía la caza del plover.

Hasta el presente, son pocos los pintores que han abordado el verdadero cuadro del amor, tal como existe en las altas esferas sociales, lleno de grandezas y de secretas miserias, terrible



en sus deseos reprimidos por los más tontos y vulgares accidentes, y roto, en definitiva, por cansancio las más de las veces. Intentaremos describirlo con algunos rasgos. Desde el día que siguió al baile dado por lady Dudley, sin que hubiera hecho ni recibido la declaración más tímida, María se creyó amada por Raúl, en conformidad con sus anhelos, y éste, á su vez, se tuvo por el amante electo por María, y sin que ni uno ni otro hubiesen llegado á esa pendiente por la cual hombres y mujeres se deslizan con tanta facilidad, abreviando los preliminares, entrambos corrieron rápidamente hacia su objetivo. Harto de goces materiales, Raúl tendía al idealismo del amor, en tanto que María, incapaz de concebir el pensamiento de una mancha, creyó que nunca saldrían de estos espacios. De modo que, en realidad, no cabe amor más puro é inocente que el de Raúl y María; pero ningún otro tampoco más arrebatado y deleitoso. La condesa concibió ideas dignas de los tiempos caballerescos, completamente modernizadas. La repugnancia que su marido había demostrado por Nathán, no era un obstáculo á su amor ni afectaba al fondo de la misión que ella se había impuesto, pues cuanto menos digno de estimación fuese Raúl, más grande estaba obligada á mostrarse con él. La ardiente conversación del poeta resonó más en su alma que en su corazón; á la voz del deseo despertó la caridad, y ésta, que es reina entre todas las demás virtudes, casi sancionó á los ojos de la condesa las emociones, los deleites y la acción violenta de su posición. Ser para Raúl una especie de providencia humana, ¡qué pensamiento tan dulce! ¡Sostener con su débil y blanca mano á aquel coloso, cuyos pies de barro simulaba no ver, encender la vida allí donde ésta se apagara, convertirse en la oculta creadora de una gran fortuna, ayudar á un hombre de genio á luchar con la suerte y á domarla, bordar su banda para el torneo, escoger sus armas, proporcionarle un amuleto contra los sortilegios y un bálsamo para las heridas! Tratándose de una mujer educada como María, noble y religiosamente, el amor debía convertirse en voluptuosa caridad, y he aquí explicada la causa de su audacia. Los sentimientos más puros, mezclados con un soberbio desdén por todo lo del mundo, tienen algo de la impudicia de las cortesanas. Desde el momento en que, mediante esa capciosa distinción, estuvo segura de no ceder la fe conyugal, se arrojó de lleno al placer de amar á Raúl, deleitándose en las menores insignificancias de la vida. Convirtió su gabinete en santuario donde le consagraba sus

pensamientos, y su precioso escritorio en sagrario de los infinitos goces de la correspondencia; pues de antemano gozaba con las cartas que de él recibiría y que á su vez le escribiría mirándolas como un objeto sagrado. El tocado, esta magnífica poesía de la vida femenina, agotada ó desconocida hasta entonces, reapareció con todos sus encantos hasta convertirse en manifestación constante de sus íntimos pensamientos, en un lenguaje, en un símbolo. ¡Cuántos goces no le proporcionaba un atavío dispuesto después de detenida reflexión, con objeto de agrardarle y hacerle honor! Entregóse llena de candidez á esas adorables coqueterías que tanto sitio ocupan en la vida de las parisienses y que prestan tanta significación á cuanto llevan puesto. Limitado es el número de las que acuden á una tienda de sederías ó á una modista en su propio interés, pues ¿cómo se explicaría que, cuando viejas, no pensarán en adornarse? Siempre que veais á una mujer detenida frente á los cristales de un escaparate, observadla, y en su frente radiante, en sus ojos animados por la esperanza, y en la sonrisa que vaga por sus labios leeréis siempre esta misma frase: «¡Qué linda me encontraría él con todo esto!»

El baile de lady Dudley se había celebrado un sábado por la noche; el lunes siguiente la condesa asistió á la Ópera con la seguridad de encontrarse con Raúl. Allí le vió, en efecto, de pie, junto á una de las escaleras que conducen á las butacas de anfiteatro. Cuando la condesa apareció en su palco, bajó la vista. La señora de Vandenesse notó con grata sorpresa el inusitado esmero que Raúl había puesto en su atavío. El que antes se burlaba de las leyes de la elegancia, ostentaba aquella noche el pelo sumamente cuidado, cubierto de pomada que brillaba en los mil contornos de sus rizos, chaleco á la moda, y corbata y camisa irreprochables. Raúl permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho, cual si estuviera delante de un retratista, soberbio con la indiferencia que demostraba por las magnificencias de la sala y lleno de mal disimulada impaciencia. Sus ojos, inclinados al suelo, parecían dirigirse al borde de rojo terciopelo del palco en que descansaban los brazos de María. Félix, sentado en la parte opuesta daba la espalda á Nathán. La graciosa condesa se colocó de modo que no perdiera de vista la columna en que se apoyaba Raúl, gozosa de su triunfo, pues había logrado que abdicara de sus cónicas ideas acerca del modo de vestir. Estos triunfos, que proclaman el poderío de una mujer, halagan así á las más vulga-



res como á las más elevadas. Toda metamorfosis de esta especie envuelve una idea de amorosa servidumbre.

—¡Cuánta razón les sobraba al decirme que una es muy venturosa cuando tiene quien la comprende!—exclamaba la condesa pensando en sus detestables maestras.

Después que hubieron entrambos amantes abarcado la extensión de la sala con una de aquellas ojeadas que todo lo perciben, cambiaron una mirada de inteligencia semejante á un rocío bajado del cielo para refrescar sus corazones que ardían de impaciencia.

—Hace ya una hora que tengo el infierno en el corazón, pero ¿qué importa si al fin se me abren los cielos?—decía la mirada de Raúl.

—Ya sabía yo que estabas ahí; pero ¿soy por ventura libre contestaban los ojos de la condesa.

Los ladrones, los espías, los amantes, los diplomáticos y, en una palabra, todos los esclavos, son los únicos que conocen los inmensos recursos de una mirada, y que saben apreciar la cantidad de inteligencia, de dulzura, de gracia, de cólera ó de maldad que en sus diversas modificaciones contiene este rayo de luz que brota directamente del alma. Raúl sintió encabritarse su amor al contacto de las espuelas de la necesidad, creyendo á la vista de los espectáculos. Entre la grada en que se había instalado y el palco de la condesa mediaban unos treinta pies, distancia infranqueable. Para un hombre como él, lleno de ardor, que hasta entonces no había encontrado trabalguna entre un deseo y un placer, este abismo de buen aspecto pero infranqueable, le inspiraba por momentos el deseo de saltar como un tigre hasta el palco de María. En el paroxismo de su despecho, quiso tantear el terreno y saludó muy visiblemente á la condesa, la cual le contestó con una de esas inclinaciones de cabeza tan llenas de desdén con las que saben las mujeres quitar á sus adoradores hasta las ganas de empezar de nuevo sus tentativas. El conde Félix se volvió vivamente para ver á quien iba dirigida, y al encontrarse con Nathán, sin siquiera saludarle, pareció pedirle cuenta de su audacia. Después se volvió con lentitud y pronunció algunas frases con las que aprobó indudablemente el falso desdén de la condesa. Al ver Nathán que se le cerraba así la puerta del palco, dirigió á Félix una mirada iracunda. Esta mirada todo el mundo la habría interpretado como una de aquellas frases de Florina, parecida á ésta:

—Pronto llegará el día en que no podrás ponerte el sombrero.

La señora de Espard, una de las damas más impertinentes de aquel tiempo, lo había visto todo desde su palco y tuvo la audacia de pronunciar un ¡bravo! bastante fuerte. Raúl, que se hallaba precisamente al pie del palco, volvió los ojos hacia ella y la saludó, recibiendo en contestación una dulce sonrisa que parecía decirle:

—Puesto que allí se niegan á recibir á usted, aquí le espero.

Raúl abandonó rápidamente su columna y pasó á saludar á la señora de Espard, pues tenía fiebre por aparecer en un palco sólo para demostrar al menguado Vandenesse que valía tanto la celebridad como la nobleza, y que á su sola presencia giraban sobre sus goznes las puertas mejor cerradas. La marquesa le señaló su sitio á su lado, en la delantera del palco, deseosa de conversar con él un rato.

—Encantadora está esta noche la señora Félix de Vandenesse—dijo dándole el parabién por el tocado de la condesa, cual si se lo diera por haber publicado el día antes un buen libro.

—En efecto—contestó Raúl con indiferencia,—las plumas del marabú le sientan admirablemente; no obstante, observé que anteayer también las llevaba—añadió con aire distraído, para disimular mejor aquella especie de galante complicidad de que parecía acusarle la marquesa.

—¿No sabe usted el refrán? *no hay buena fiesta que no dure dos días*—respondió ella.

En el juego de las réplicas picantes, siempre llevan la peor parte las celebridades literarias, sobre todo habiéndoselas con marquesas. Raúl tenía, pues, el partido de hacer el tonto, último recurso de las personas de ingenio en este caso.

—No rezará el refrán conmigo—dijo después de un rato.

—Algo tarde viene la contestación para que la admita—añadió riendo su bella interlocutora.—No sea usted tan hipócrita, vamos; usted encontró encantadora en el baile de anteayer, á la señora de Vandenesse, y este será el motivo de que hoy vuelva á llevarlas. Me consta que ella le ama á usted y veo que usted, por su parte, la adora; alguien dirá que camina usted algo deprisa, pero todo ello es muy natural. Y no lo niegue, pues si me engañara de fijo no estaría usted aquí es- trujando uno de sus guantes, rabioso de verse á mi lado,



cuando debería estar al de su ídolo, oyendo pronunciar en alta voz lo que á su esposa acaba de decir al oído Félix.

En efecto, Raúl se hallaba á la sazón retorciendo uno de sus guantes, dejando ver su mano extremadamente blanca.

—Ni me negará usted—añadió la marquesa, contemplando aquella mano con su habitual impertinencia—que por ella se ha impuesto usted sacrificios que antes de ahora negaba á la sociedad. ¡Cuán satisfecha no habrá quedado de este triunfo! Estará, es verdad, algo orgullosa; pero yo en su lugar lo estaría también, y más que ella si cabe. De mujer graciosa, va á pasar á la categoría de mujer de genio. Píntela algún día en uno de esos libros que usted sabe hacer, y en este caso no se olvide de Vandenesse; hágalo por mí. ¿Ha observado usted qué seguridad tiene de sí mismo? Es un tipo delicioso, una especie de Júpiter Olímpico, el único entre los dioses que, á lo que se dice, no sufrió percance alguno.

—Señora, ¿tan miserable me cree usted que me juzgue capaz de hacer de mi amor y de mis sensaciones una vil mercancía? A esta cobardía literaria, prefiriera yo la costumbre inglesa de llevar la mujer al mercado con un dogal al cuello.

—Perdone usted; conozco á María, y sé que se lo pedirá por favor.

—Imposible, señora; María es incapaz de semejante cosa—exclamó Raúl con ingenua vehemencia.

—¡Incapaz de semejante cosa!—replicó la marquesa.—En este caso confiese usted que la conoce mucho, para afirmar de ese modo.

Nathán rióse de sí mismo: fabricante de comedias, acababa de dejarse coger en un verdadero diálogo escénico. Para disimular su derrota, echó un vistazo por el teatro, poniéndose los lentes.

—¿Se ha ofendido usted?—le dijo la dama mirándole de soslayo—piense usted que un día ú otro había de poseer su secreto. Pero hagamos las paces, puesto que es ello empresa sumamente fácil. Mi casa queda abierta para usted; recibo todos los miércoles; hágame el obsequio de aceptar mi invitación, seguro de que no ha de faltar la condesa á una sola de mis reuniones y de que en ello soy yo quien salgo gananciosa. Algunas veces la veo entre cuatro y cinco de la tarde, cuéntese usted, pues, desde este momento, entre el número de mis favoritos, á quienes recibo á esta hora.

—¡Mil gracias, señora!—exclamó Raúl con efusión.—¡Vea usted lo que es el mundo!—añadió después de un rato—¿querrá creer, señora, que hay quien anda diciendo por ahí que es usted muy mala?

—Según para quién y según cómo—repuso la marquesa sin inmutarse;—pero volvamos á su condesa: yo la quiero mucho, y no dudo que dejará á usted contento, pues es encantadora. Usted será el primero cuyo nombre grabará en su corazón con ese gozo infantil propio de todo enamorado, cualquiera que éste sea, que obliga á grabar el nombre del ser adorado en la corteza de los árboles. El primer amor de una mujer es un fruto delicioso; sólo más tarde viene la experiencia á enseñarnos el modo de dirigir ternezas y requiebros. Perdone usted que una vieja como yo lo diga todo, pues todo puedo decirlo sin temer á nadie, á nadie, ni á un periodista como usted. En nuestra última edad sabemos hacerles á ustedes dichosos todavía; pero en los primeros pasos que damos por la senda del amor, la dicha es para nosotras, y para ustedes los mil placeres del orgullo satisfecho; nuestro corazón rebosa candidez, cada uno de nuestros actos es una sorpresa agradable para ustedes. En fin, amigo mío, es usted lo bastante poeta, para preferir las flores á los frutos.

Raúl, como todos los criminales, adoptó el sistema de las negativas; pero con ello daba nuevas armas á la terrible marquesa. Comprendiendo por fin lo resbaladizo de su conversación peligrosa y espiritual, gala sobresaliente de las parisien-ses, y temiendo soltar prendas inadvertidamente, prendas que, al mismo tiempo, habrían dado nuevo pábulo á las burlas de la marquesa, aprovechó la entrada de lady Dudley en el palco, para retirarse prudentemente.

—¿Qué tenemos?—preguntó la inglesa á la señora de Espard.

—Que están locamente enamorados; Nathán acaba de confesármelo.

—Daría cualquier cosa porque ese Nathán fuera algo más feo—repuso lady Dudley, lanzando sobre el conde Félix una mirada de víbora.—Por lo demás, es el hombre que yo quería: hijo de un prestamista judío, que murió después de hacer bancarrota en los primeros días de su matrimonio; pero como su madre era católica, desgraciadamente lo bautizaron.

El origen de Nathán, que éste ocultaba cuidadosamente, acababa de averiguarlo lady Dudley, solazándose con el placer